

SANTA URSULA, en VALENCIA.LA "CHEKA", DE LA CALLE CONCEGA, EN BARCELONA. -

Dos relatos impresionantes forman parte de este Documento. Ambos, han sido hechos por hombres que vivieron en los antros de la "Inquisición" de los Comunistas, sufriendo los horribles tormentos que describen. Santa Ursula (un Convento de Monjas) fue incautado después del 19 de Julio por el Partido Comunista de España.

Después, el edificio fue puesto a disposición del Gobierno y convertida en Carcel de la famosa Brigada Especial al servicio de la "Cheka". Esta Brigada Especial estaba dirigida por un Catalán: Justin García, instrumento de la C.P.U. Sus verdaderos directores fueron Leo Lederman, ruso, primero; el polaco Scheier Hochan, después. Con el Tal Scheier, nuevo director de Santa Ursula, "trabajaban" varios militantes del Partido Comunista Alemán y personal del P.C. Español, su hombre de confianza era un ruso que se hacía llamar "Kossai".

En Mayo de 1937, los presos fascistas fueron trasladados a la cárcel Modelo. Mas tarde, lo fueron también el resto de los españoles, de modo que Santa Ursula quedó destinado exclusivamente a los extranjeros.

El relato dirá lo de mas. En lo que respecta a la "Cheka" Barcelonesa, la tragica elocuencia de nuestro compañero Trafalgar no requiere comentarios.

El informe en que dicho compañero cuenta su odisea, fue escrito en Diciembre de 1937. Ambos relatos han sido publicados en un pequeño folleto:

LOS INTERROGATORIOS Y LAS TORTURAS

"Los metodos policiacos empleados en Santa Ursula por la Brigada Especial son identicos a los empleados actualmente en Italia, Alemania y Rusia. Son la síntesis de las torturas de la Inquisición, completadas con todos los refinamientos modernos.

Entre las 11 y las 12 de la noche eran llamados los presos que debian ser interrogados. Los interrogatorios tenian lugar generalmente en un local de la Avenida Nicolás Salmerón, nº 9.

Los policia entraban con la lista de los escogidos en las amplias salas que servian de dormitorios, generalmente para mas de treinta detenidos. La silueta de los guardias se recortaba por unos momentos en el rectangulo iluminado de la puerta. Un interrogante tragico recorria la sala. El silencio se hacia doble. Los policia pronunciaban unos cuantos nombres, generalmente extranjeros y unas sombras inconcretas se levantaban sobre los petates para vestirse y seguir a los guardias en silencio, medio descompuestos por el sueño y el terror. Después, la puerta se cerraba tras un ruido compacto de zapatos pesados y culatas de fusil, y un silencio de pánico envolvía nuevamente las tinieblas del dormitorio. Esta escena se repetía todas las noches. La tensión nerviosa acababa por embotar la sensibilidad de los presos cuyas cabezas caían pesadamente envueltas entre los girones de mantas. Los interrogados regresaban con las primeras luces del alba unos agotados por el hambre y el cansancio.

Otros barbaramente torturados, con el cuerpo lleno de heridas y caraduras algunas no volvían a caminar. Los que conservaban en su car-

ne el recuerdo y las huellas de las torturas eran enviados a los sótanos, sanatorio de convalecientes, hasta que las heridas perdiesen el aspecto acusador de los malos tratos. La mayoría de los detenidos desconocían los motivos de su detención. Muchos casos eran víctimas, ya no solo de venganzas políticas, sino simplemente personales.

Numerosos extranjeros fueron detenidos por el mero delito de ser extranjeros. Especialmente alemanes e Italianos, faltados de todo apoyo consular. Esto no quiere decir que todos los presos de Santa Ursula víctimas inocentes. No, habían fascistas verdaderos, fascistas declarados, que no ocultaron nunca su ideología. Pero estos quizás por su sinceridad no interesaron jamás a los policías de la Brigada Especial.

Estos tenían la monomanía del espionaje, pretendían ver el espía detrás de cada extranjero, los alemanes e Italianos especialmente, aunque tuvieran a su favor historiales limpios y brillantes de actuaciones revolucionarias. Los interrogatorios no respondían nunca a pruebas o sospechas concretas. Eran simples suposiciones productos de la imaginación, que aquellos torpes y perversos policías se paraban ver confirmadas. Cuando no eran acusaciones falsas, conscientemente preparadas para lograr noticias y detalles completamente al margen del espionaje.

Por estos procedimientos se ha querido arrancar informaciones sobre el trabajo político de los grupos revolucionarios del margen de la III Internacional, especialmente de los sectores opositores. O secretos y fórmulas industriales del pacífico Ingeniero o industriales pequeños burgueses. Aviadores extranjeros que venían luchando desde el primer día al lado de la España republicana y revolucionaria, que podían hablar pomposamente de heroísmos y sacrificios, pero que se habían atrevido a discutir la eficiencia de los aviadores rusos, se transformaban en espías de la noche a la mañana y eran encerrados vergozadamente en Santa Ursula. Proveedores de aviones, armas y toda clase de material de guerra, enviados por casas reconocidas del extranjero cerca del Gobierno legal, posibles competidores de la U.R.S.S. eran transformados en espías y reclusos en Santa Ursula.

Especialistas extranjeros, antifascistas probados que poseían una rica experiencia en las armas marítimas-defensa de costas, minado de puertos, buques de guerra, táctica militar marítima- y que venían avalados por partidos y organizaciones antifascistas a ofrecer sus conocimientos al Gobierno de la República, eran acusados de espías y encarcelados en Santa Ursula. Ingenieros y técnicos en industrias de guerra, así como expertos militares probados en la guerra del 1914-1918 y en otras varias campañas, seguían el camino de los anteriores.

Los Stalinistas no querían concurrentes de ninguna especie.

Pretendían el monopolio absoluto en todos los campos para mejor influir en la política general del país. Llegando incluso a la supresión física de los competidores. La Brigada Especial tenía esa misión repugnante y contrarrevolucionaria a la vez,

Los interrogatorios estaban orientados siempre en este sentido general. Las acusaciones de espionaje, que no faltaban nunca, estaban combinadas hábilmente con miles de preguntas interesantes.

Las afirmaciones de supuesto espionaje estaban generalmente tan fuera de lugar que resultaban ridículas. No había pruebas y se adivinaba por los detalles, que eran producto de la imaginación.

Esta parte del interrogatorio, tan inconsistente, como burda era más tarde comentada en las celdas del ex-convento, en medio de broma y de la ironía sarcástica de los presos. El acusado se defendía generalmente según el carácter y el temperamento. Algunos se negaban a responder. Otros contestaban con insultos y desplantes. En todas las respuestas incluso en las más cordiales, se filtraba un odio profundamente concen-

trado que llegaba a desbordar muchas veces el mismo sentimiento de terror. El Comisario encargado del interrogatorio, empezaba su trabajo con amabilidad cínica y criminal. Si el acusado perdía el control de los nervios y llegaba a donde quería el policía, es decir a acusarse a sí mismo, todo marchaba bien. Pero si el detenido ~~no~~ ofrecía resistencia, la amabilidad se trocaba en la inquisición más refinada, comparable solamente a los procedimientos usados en los campos de concentración de Alemania e Italia.

Cuando el acusado se resistía frente a las monstruosidades de las acusaciones e incluso se estreñía a defenderse, el Comisario apretaba un botón rojo de su escritorio, sonaba un timbre eléctrico más allá del despacho y aparecían los colaboradores mencionados anteriormente. Del físico del preso dependía el número de estos, generalmente dos o cuatro. Se pegaba con palos de madera de forma prismática.

Las aristas se incrustaban en la piel, dejando a veces numerosas astillas clavadas en la carne. También estaban en uso corriente unas barras de hierro forradas de tela. El ejercicio duraba hasta que la víctima caía desmayada. Si no recobraba rápidamente el conocimiento se le echaban cubos de agua fría sobre su cuerpo. Si continuaba la resistencia a declararse culpable, recomenzaba la paliza. Y si el acusado adoptaba posiciones intransigentes, las torturas revestían caracteres bestiales. Se le golpeaba con los pies. Se le arrojaba contra la pared. Y se aplicaban contra ellos los procedimientos más refinados.

Aquellos "heroicos" Comisarios carecían de sensibilidad y de sentimientos. Los tenía sin cuidado el estado físico de los detenidos.

Contemplaban con sangre fría el cuerpo caído de antifascistas. Ellos sabían perfectamente que lo eran, hechos una masa de carne sanguinolenta. Así terminaba el interrogatorio. Después el acusado era devuelto a Santa Ursula y depositado en los sótanos, sin ayuda facultativa de ninguna clase, para evitar la intervención de testigos indiscretos. Hubo detenidos que estuvieron sujetos a semejante tratamiento durante semanas enteras. No había fuerza humana capaz de resistirlo. Muchos acababan por claudicar. Por firmar toda clase de papeles y documentos. Por necesidad reconocer que eran fascistas y espías peligrosísimos. Una vez convictos y confesos se les dejaba tranquilos en los sótanos de Santa Ursula.

Era el sanatorio de los convalescentes. Mas tarde, cuando las heridas sangrientas se habían cerrado, eran devueltos a los dormitorios colectivos, volvían a convivir con los demás presos.

En el lugar de las heridas quedaban cicatrices profundas que difícilmente desaparecían jamás. Algunos "convalescentes" no pudieron sentarse o acostarse durante varios días, a causa de los dolores. Otros mostraban, bajo la ropa desgarrada, cadenas enormes, pedazos del cuerpo con la piel arrancada e incluso partes donde la ausencia de carne dejaba entrever la palidez blanquecina de los huesos.

En fin, hombres fuertes y de inmejorable salud antes de la detención, acabaron por ser víctimas de frecuentes hemorragias pulmonares.

Justin García, el director intervenía directamente en esos tropelios bestiales. Su especialidad consistía en apretar el cuello con las dos manos cortando la respiración. Era un estrangulamiento lento e irresistible. Se inchaban las venas de la garganta y la cara modificaba su colorido, del rojo fuerte al blanco cadavérico. Numerosos detenidos que sufrieron este suplicio acabaron desmayándose víctimas de ataques del corazón. Otra de sus múltiples diversiones era apretar las yemas de los dedos con prensas de oficinas y golpear la cara de los presos con pisapapeles de metal y con otros objetos de escritorio que abundaba sobre la mesa del Comisario. Nada más trágico que

aquellas caras contraídas por el terror, a veces con los labios partidos, con los dientes rotos, sangrando por las cejas y masti-
cando coágulos de sangre.

Varios detenidos que intentaron defenderse a golpes contra los salvajes atropellos del Comisario, fueron esposados con trozos de hilo eléctrico. Esto lograba mantenerlos quietos e infensos.

Y, a consecuencia de las contrusiones producidas por el dolor el hilo eléctrico se adentraba en la carne, dejando profundos surcos azulados de las muñecas. Para preparar a los debían comparecer más tarde ante el Comisario se les encerraba en un cuarto contiguo para que se oyese los espectáculos.

Muchos detenidos, especialmente las mujeres, sufrían en aquella antecámara del dolor antes del interrogatorio, desvanecimientos y ataques de nervios. Solamente aquellos que han visto y oído semejantes escenas, pueden comprender en que estado de exaltación febril comparecían los detenidos para ser interrogados. A través de las puertas se oían los gritos desgarradores de aquellos infelices.

"No soy espía" "Soy antifascista" "Camaradas, de verdad soy uno de los vuestros" "He luchado tantos meses en el frente".

Súplicas mezcladas con exclamaciones de dolor, con gritos de rabia y blasfemias. De nada servía todo aquellos tenían que ser espías. Tenían que confesarlo y firmarlo. Era la voluntad de la G.P.U. ruso-española.

Muchos acusados carecían de la fuerza física y moral necesaria para soportar semejantes interrogatorios, que se repetían cinco y seis veces, tantas como era menester. Firmaban todo lo que se les ponía en la mano, sin leerlo siquiera. Mas tarde cuando se les presentaba los documentos que habían firmado, comprendían la trágica realidad. Estaban perdidos. Era ya demasiado tarde. Los Ministros de la Guerra y de la Gobernación tenían ante sí las pruebas y las confesiones firmadas de puño y letra.

Un comunicado encomiástico expresaba la gratitud de las autoridades hacia los activos e incansables Comisarios. Y unos cuantos desgraciados, espías por la voluntad de la G.P.U. pagaban con su vida el haber pertenecido a una oposición comunista o el haber poseído conocimientos técnicos e industriales capaces de ensombrecer la hegemonía de la producción stalinista.

SANTA URSULA.

Pero no quedaba ahí la actuación policiaca de los agentes a la las ordenes de la G.P.U. Tenían aun procedimientos mas refinados.

Ademas de las torturas realizadas en el mencionado local de la calle Salmeron, que acabamos de reseñar superficialmente.

Ademas de las palizas y malos tratos prodigados en la Comisaria del Ministerio de la Gobernación, situada en la Plaza de Bailén, dedicada a casos de menor importancia y que afebtaban presos de nacionalidad española. Ademas de los "paseos" simulados, que estaban a la orden del día, y que terminaban generalmente en las afueras de la ciudad, colocando a los acusados de pie delante de la pared y amenazandoles con las pistolas para arrancarles declaraciones comprometedoras, había procedimientos cuyo solo rumor provocan estremecimientos de pavor.

Santa Ursula, complemento de las Comisarias donde tenían lugar los interrogatorios, era la síntesis maquiavélica de todas las torturas imaginables. Podría llenarse libros enteros con los suplicios y sus torturas. Había en los sótanos del ex-convento una cueva destinada antaño a cementerio de monjas. En las paredes se escalonaban los negros agujeros de los nichos.

Bien aprovechado debía ser capaz para unos cuarenta cadáveres. Cuando el Partido Comunista se incauto del edificio, después de Julio, unos campesinos realizaban la higiénica misión de sacar los cadáveres durante la noche y llevarlos a enterrar. Estos cadáveres, en franca descomposición, despedían una peste inaguantable. El trabajo de los campesinos no podía ser mas ingrato y quedó a medio terminar.

Quedaron huesos por todos los rincones y cuerpos medio podridos, abandonados aquí y allá. En esta cueva eran encerrados los pobres detenidos, sin pantalones y sin calzoncillos. No había luz. El aire húmedo y fétido, era aire de muerte. De carne podrida, la descomposición de la carne provocaba fuegos fatuos en medio de la obscuridad.

Y unas ratas monstruosas dueñas absolutas de aquel paraíso, corrían de un lado para otro, indiferentes a los cadáveres y a las personas.

El término medio de la residencia en aquel antro eran veinticuatro horas. Los presos, desnudos, tenían tiempo de meditar las reflexiones del Comisario. Algunos se desmayaban al entrar en la cueva, tal era la impresión primera. Pero nadie se cuidaba de recogerlos.

Continuaban allí, extendidos, en medio de los cadáveres en descomposición. Otros, mas animosos, pasados los primeros momentos, procuraban aligerar las incomodidades de la prueba. Defendíanse de los ejércitos de ratas. Limpiaban nichos y metidos en ellos aguardaban pacientemente la vuelta a la vida. Cuando las piernas se entumecían, por la humedad y la falta de movimiento, no había manera de pasear y reanimarse.

Y ninguna sensación repugnante puede compararse a la de pisar la mano o la pierna de un cuerpo muerto. Otros presos eran encerrados en unas celdas de castigo, utilizadas en los buenos tiempos del convento para castigar durante unas horas a las monjas que infringían las ordenes dimanantes de la casa. La estancia en estas celdas duraba meses. Eran tumbas de piedra que medían 1'20 metros de ancho por 1'20 metros de profundidad y 2 metros de alto. Sin nadie con quien hablar.

Sin luz del día. Sin luz artificial. Sin colchones. Sin mantas. Sin aire apenas. Los desgraciados habitantes de aquellas celdas estaban obligados a sentarse y a acostarse sobre el suelo húmedo, duro y frío de la piedra. Solamente para hacer sus necesidades les autorizaban salir por unos momentos. A los quince días de vivir en aquella tumba los presos parecían cadáveres vivientes. Los demás compañeros creían ver en ellos duendes que iban a hacer sus necesidades. Cuando eran devueltos a los dormitorios colectivos, con los otros detenidos, aquellos seres ya no eran mas que una sombra ligera del pasado. Llevaban en su interior el germen de enfermedades incurables y las articulaciones del cuerpo monstruosamente hinchadas a consecuencia del reuma.

En una habitación, especialmente destinada a los suplicios, tenían una prensa bastante grande, cuya plancha superior tenía la forma de una cruz svástica. Con ella se pretendía ridiculizar al fascismo.

¡Que sarcasmo! Entre las dos planchas era metido el desgraciado detenido y se daba vueltas a la rosca. La cruz hitleriana apretaba el pecho de una manera lenta y progresiva. Las costillas, los pulmones, el corazón, ante la presión creciente quedaban casi inmovilizados por completo. Ya sabíamos las consecuencias futuras. Los pulmones son entrañas demasiado delicadas.

Otros juguetes muy empleados eran los "armarios". Había de dos clases. Unos de 1'80 metros o dos metros alto; otros de 1'25 metros.

En los primeros se podía estar de pie. En los segundos debía estar forzosamente en cuclillas. Algunos presos estuvieron semanas enteras encerrados en este último modelo de armarios. Al salir estaban inmóviles como muertos. Solo después de varios días recibían el uso de sus piernas, que continuaban durante semanas y semanas completamente hinchadas de arriba abajo.

Los detenidos eran encerrados en el armario alto o bajo segun el humor del Comisario. Habia un capitan cinico y cruel, que tenia la costumbre de invitar a entrar en el armario con frases de cortesia en medio de las carcajadas de los demas agentes. Una pobre mujer francesa de unos cuarenta años de edad, algo obesa, fue metida en uno de los armarios y como no se podiera cerrar la puerta, se le prensaron las carnes, manteniendola en esta forma con varias vueltas de cuerdas.

Un belga, combatiente de la Brigada Internacional, mutilado del frente y sometido a tratamiento en el hospital, tuvo la desgracia de beber algo más de la cuenta y de lo acostumbrado.

Fue detenido, y agentes que no habian visto nunca el frente lo metieron en el armario. Indignado, en protesta, justificadisima, rompió este instrumento de tortura. Como castigo fue encerrado durante cuatro días en el armario pequeño. Casos parecidos abundan por decenas.

Otro suplicio, no menos criminal, era el de los cajones. Grandes cajas que medían de un metro (algo más) cuadrado y en cuya tapa superior se había practicado un orificio para poder sacar la cabeza.

En estos cajones eran metidos los presos durante semanas y semanas. No podían estar de pie ni estar sentados. Dificilmente podria encontrarse una posición mas incomoda. Sin poder sacar las manos de aquel empaque, necesitaban la ayuda de los policiaes para poder comer. Muchas veces se divertian estos agentes con aquellas cabezas humanas regateandoles la comida, acercandoles y retirandoles la cuchara y dejandoles estupidamente con la boca abierta.

Otros eran atados de las amos a una argolla que colgaba de la pared a unos dos metros del suelo. Pero el preso estaba separado de esta pared por una especie de zanja de algo mas de un metro de anchura.

Durante las primeras horas el suplicio era soportable. Pero a medida que el cansancio se apoderaba de uno, a medida que las fuerzas se agotaban, el cuerpo tendia a caer en la zanja. Cuantos desgraciados perdidas las fuerzas, perdidas el punto de apoyo de los pies, han quedado horas enteras colgando de la argolla, desvanecidos por el dolor.

Los casos que podriamos presentar son a decenas y centenares.

Preparamos en este sentido un trabajo más completo y documentado.

Aquí nos limitaremos a una serie de ejemplos tomados a voleo.

El subdito alemán Hoffmann, de 35 años de edad, que llevaba viviendo en España más de ocho años, pasó por los armarios, las torturas sangrientas, la cueva de cadáveres y los "paseos".

El subdito italiano Politi, de 40 años de edad, quince años en España, militante de la U.G.T. casado con mujer española, padre de familia, y camarero de profesion, fue martirizado y tratado brutalmente. Firmó "su declaración" Desde el mes de Marzo esperaba inutilmente su proceso. El alemán Rosenbom, de 40 años de edad, ocho años en España, también camarero, le fue rota toda la dentadura en el interrogatorio.

Contra heridas en el interior del cuerpo que han degenerado en incurables. Esperaba el proceso desde el mes de febrero.

El abogado español Diego V... fue sometido también a criminales torturas. Como no dieran resultado le quemaron las plantas de los pies.

El desgraciado se retorcia como un condenado. Como consecuencia de todo aquello, estuvo semanas enteras sin poder andar.

El alemán A. Raab, de 42 años de edad, técnico de primera clase. Vino a España con un contrato firmado por el Gobierno para instalar un taller de fabricacion y montaje de aviones. Le detuvieron junto con diez de sus mejores técnicos, todos extrangeros. No existia absolutamente nada contra ellos. Ni sospecha siquiera. No obstante, pasaron por los armarios, fueron golpeados y algunos encerrados en las tumbas de piedra. Se les raciona la comida de tal manera, que se les veia como a perros hambrientos, removiendola la basura en busca de algun alimento perdido.

Más tarde, dejaron a unos cuantos en libertad. El resto con Raab, continuaron detenidos como rehenes para evitar que aquellos hablasen demasiado en el extranjero. Mientras tanto la G.P.U. ha estado buscando desesperadamente material delectivo para justificar sus aporrellos. El alemán Herbert Hils, viajante, de 35 años de edad, seis de ellos en España. Detenido como espía peligrosísimo. Se pretendía haber encontrado en sus maletas material de espionaje.

Fue interrogado, en medio de golpes e insultos, ocho veces diferentes. Sus pulmones están completamente triturados por las patadas recibidas en el pecho. Paso varios días en la cueva de los cadáveres. Después de varios "paseos" espectaculares firmó su declaración.

Hombre completamente sano anteriormente, se transformó en un pingajo humano que esperaba inutilmente su proceso.

El ingeniero marítimo Augusto Jehbe, alemán, de 46 años de edad, estaba acusado de haber mantenido relaciones con el fascismo hitleriano. Era hombre debilitado y delgado. Fue martirizado durante siete días consecutivos. Su cuerpo quedó hecho una masa de carne sanguinolenta. No lograron arrancarle la más mínima declaración. Después le dejaron 14 días tranquilo. Durante todo este tiempo no pudo levantarse de la cama y tuvo que permanecer echado sobre el vientre.

Su espalda había sido transformada en una llaga inmensa.

Compañeros presos que le cuidaban no pudieron evitar lágrimas de rabia ante aquel espectáculo salvaje. Una pobre mujer, también detenida, sufrió un ataque de nervios. Pasadas las dos semanas de desencanto, se recomenzaron los interrogatorios y los golpes. Al final quedaba solamente una ruina humana que esbozaba su proceso desde el mes de marzo.

El cinismo y la crueldad de la G.P.U. stalinista supera a cuantos métodos represivos hayan sido conocidos hasta la fecha. Jamás tuvieron en cuenta la condición de los detenidos. Sanos o enfermos hombres o mujeres, fascistas o antifascistas, todos eran lo mismo para la Brigada Especial. Y lo peor del caso es que todos aquellos sacrificios no servían para nada. Una vez obtenidas las afirmaciones deseadas una vez firmadas y rubricadas las declaraciones, los presos eran abandonados y olvidados en los sombríos dormitorios de Santa Ursula. Los procesos no acababan de llegar jamás. Y es comprensible. La policía sabía demasiado que las víctimas denunciarían ante los Tribunales los atropellos y los crímenes cometidos contra ellos.

Que rechazarían el atestado firmado entre contorsiones de dolor.

Que se transformarían en acusadores implacables.

Pero Santa Ursula, no podía conservar el secreto indefinidamente. Ni podía albergar tanto dolor. La verdad acaba por filtrarse siempre a través de las paredes más gruesas y de las puertas mejor cerradas.

Los relatos trágicos y sangrientos llegaron a las organizaciones obreras y a la publicidad. La prensa clandestina de los núcleos revolucionarios y la prensa obrera del extranjero publicó versiones de los atropellos cometidos en Santa Ursula. El Gobierno se vio precisado a intervenir. Pero una intervención tardía y débil. No iba al fondo del asunto. Los stalinianos continuaban en el Gobierno y no era cuestión de plantear una ruptura demasiado pronto. Además: ahí estaban los expedientes y los atestados falsificados y arrancados a la fuerza, como es natural, para tapar las bocas indiscretas y los espíritus demasiado suspicaces.

Pero el Gobierno ignora, hasta la fecha, que una gran parte de sus propios proveedores de material de guerra, de sus técnicos industriales y militares, han sido detenidos en Santa Ursula y otros están desaparecidos para siempre. Vinieron a España ~~durante~~ con todas las garantías, personales y económicas. En la Embajada de París les facilitaron todas las credenciales, papeles y contratos necesarios.

Y hoy están desaparecidos. El Gobierno les cree en el extranjero. Pero cometieron el delito de ser concurrentes especializados de la Rusia amiga. Y la Brigada Especial se encargó de suprimirlos.

En Santa Ursula vinieron a menudo comisionados del Gobierno e incluso representantes de las organizaciones obreras. Una vez, Irujo, el Ministro de Justicia en persona. Con la debida anticipación, los oficiales de guardia comunicaban la noticia de la visita a los Comisarios de la Plaza de Bailén. Estos se presentaban inmediatamente en Santa Ursula y preparaban la "ronda". Nunca han visto los visitantes la cueva de los cadáveres, ni los armarios, ni los presos maltratados. Algunos presos, venciendo el sentimiento de terror, tuvieron alguna vez la valentía de hablar con los visitantes, sin plantear, como es natural el problema de fondo. De todas maneras, las pocas mejoras de régimen interior, fueron debidas a esta intervención de los detenidos. Cuando los visitantes eran extranjeros, solo se les enseñaba lo que a los Comisarios les parecía bien. No se les permitía hablar con los presos y pasaban entre ellos como el que se pasea en un parque zoológico. Seguramente se llevaban la impresión de que las cosas no estaban mal como se decía en el extranjero.

En el mes de junio hubo cambios sensibles en la Brigada de Contraespionaje. Cazorla, el inspirador de estas Brigadas Especiales había dimitido su cargo. Este advenedizo al Partido Comunista había sido el gran encubridor de los atropellos realizados en la sombra por la C.F.U. ruso-española y es, sin duda alguna el verdadero y máximo responsable de todos los crímenes y del régimen inquisitorial practicado en las "chechas" del país.

Justin García fue detenido y enfrentado con algunos de sus víctimas. Mas tarde desapareció de allí sin que se haya sabido nada más de él. Estara seguramente bien guardado en algun local del Partido Comunista o en el extranjero. Leo Lederbaum desapareció tambien.

Se corría que le habían ascendido y premiado. Scheier-Hochem continuó allí, en la dirección del establecimiento, pero con atribuciones limitadas. La Brigada Especial y Santa Ursula quedaron bajo el control directo del Ministerio de la Gobernación. Pero las víctimas siguieron y es posible que sigan aún encarceladas en el ex-convento, aunque no exista prueba alguna de su culpabilidad.

Seguramente para evitar que los crímenes cometidos salgan a la luz publica. Seguramente para evitar testigos inoportunos. Seguramente para evitar la acusación brutal de los cuerpos mutilados y martirizados.

El proletariado revolucionario de España y del Mundo exigirá responsabilidades en un día no muy lejano. Santa Ursula pasará como una página de dolor y de sangre en el cuerpo ascendente de nuestra revolución. Pero Santa Ursula tendrá repercusiones extraordinarias en el movimiento obrero internacional. En las heridas sangrientas, en los golpes, en los gritos de dolor y en las contorsiones de los desgraciados martirizados de Santa Ursula está la sentencia de muerte del stalinismo. Santa Ursula marca con una evidencia que tragica la degeneración del comunismo oficial, que abandona intereses revolucionarios del proletariado para transformarse en la fuerza de choque, en los polizontes, de la contrarrevolución burguesa internacional. Octubre de 1937,-

DOS MESES EN LA "CHECA" DE LA CALLE DE CORCEGA (BARCELONA)

Se llama J.H. Trafalgar. Tiene 26 años. De estatura pequeña. Delgado. De no ser las huellas del sufrimiento y de la lucha que han marcado su cara y su cuerpo, parecería un niño.

Es aragonés. Hijo de Teruel. A los 14 años abandonó la familia -para recorrer mundo-. Lo dice con orgullo: "De las cinco partes del mundo, conozco tres a la perfección".

A pesar de su juventud es ya un viejo escuchador revolucionario.

Vilita desde hace años en la C.E.T. y pertenece a un grupo de la F.A.I. Bastante conocido en los medios de la organización.

Antes de la insurrección facciosa, incluso antes de proclamarse la República, había sido procesado y condenado varias veces.

El 19 de Julio le abrió las puertas del presidio donde cumplía una condena de 12 años por las bombas de la calle Margarit.

Sencillo, sonriente, nervioso es un anonimo combatiente de las ideas libertarias. Uno de estos guerrilleros rojos, que unicamente el proletariado revolucionario de España es capaz de producir.

En los primeros momentos de la insurrección militar marchó al frente de Aragón, con las primeras columnas. Intervino de una manera decisiva en la conquista de Caspe y pueblos de los alrededores.

Colaboró activamente en la defensa de Madrid. Combatió durante más de un año en las filas de la columna Durruti. Cayó herido dos veces: una en la pierna izquierda por la metralla, y otra en la frente, por bala. Soñador de las barricadas del ritmo violento de las ametralladoras, ha nacido para la lucha y el combate. Lo dice sonriente: "El olor de la pólvora atrae como el vértigo".

Se encuentra actualmente en la Cárcel Modelo de Barcelona.

Ha pasado dos meses en la Checa de la calle de Corcega.

Sonriendo a veces, con acentos trágicos otras, nos cuenta las torturas y los aporrellos cometidos allí con su persona. Son gloria las gloriosas azañas de una policía prostituida, integrada por aventureros y ladrones y puesta al servicio de la contrarrevolución.

Mientras explica sus cuitas Trafalgar se levanta del asiento y se pasea nervioso, de un lado a otro de la celda.

"Era detenido el 11 de septiembre del año pasado. Estaba tomando café tranquilamente en el Moka con una compañera. Me llevaron a la calle de Corcega, una checa incontrolada, al frente de la cual se encontraba un hombre sin entrañas, un detritus de la sociedad, un verdadero producto de las contradicciones del momento que vivimos. Se llamaba Gaspar Dalmau Carbonell, militaba en el P.S.U.C. y coquetaba con la Esquerda Republicana de Cataluña. Ese Dalmau ha sido más tarde Director de la Cárcel Modelo de Barcelona. Sus actividades al frente del citado establecimiento son bastante conocidas.

Sus lugartenientes eran unos individuos llamados Calero, Samper y Ricardo entre otros, cuyo nombre ahora no recuerdo. Se me acusaba de haber asaltado, durante los días de mayo, con bombas y pistolas ametralladoras, el local de Estat Catala de la Plaza de la Universidad. Permanecí en la Checa 20 días, rigurosamente incomunicado o mejor dicho, desaparecido, ya que ningún compañero logró localizarme.

Durante este mes de secuestro pasé ocho días sin probar bocado.

Al fin, como no se pudo probar nada en contra mía, fui trasladado a la lechera y más tarde a los calabozos de Jefatura de Policía pasando dos días en cada uno de estos locales, sujeto como es natural al mismo régimen de incomunicación.

EL INTERROGATORIO

A partir de este momento empieza la verdadera odisea. Se me comunica la orden de libertad que no se cumple. En la puerta de Jefatura me esperan los mismos policías de la checa con un coche. Entonces lo comprendí. Se había firmado la libertad para borrar toda pista futura, para hacer desaparecer las huellas detras de mí.

El coche me condujo de nuevo a la calle de Corcega. Fui encerrado en un cuarto del segundo piso. Por la noche poco mas o menos a

las doce de la noche, fui trasladado al piso superior para sufrir un interrogatorio, que tuvo lugar en un despacho, seguramente del Jefe de la Comisaria. Primero y muy atentamente se me comunicó que la denuncia anterior habia sido retirada y que ahora se me acusaba de haber tomado parte directamente o por lo menos en su preparacion del atentado contra Andreu, el Presidente de la Audiencia de Barcelona.

Yo explique donde habia pasado el día del atentado afirmé que nada sabia del mismo y que, como habia dicho la organizacion, a través de las paginas de "SOLI" condenaba energicamente el hecho.

De nada sirvieron mis afirmaciones. Los policias de la Checa decian y repetian que yo estaba en el secreto del atentado. Que si "cantaba" seria puesto en libertad, seroa conducido al extranjero y se me pagaria esplendidamente. Que si era un poco inteligente, debia delatar a los que habian tomado parte en el hecho o por lo menos a los que por el estilo del atentado, podian haber intervenido.

En caso contrario, se me amenazaba con el consabido "paseo".

Las preguntas, que comenzaron en tono cordial y dulzón, fueron agriándose poco a poco. El ambiente, teatral a mas no poder estaba en consonancia con el caracter del interrogatorio. Yo permanecí sentado en un sofá. A mi alrededor Dalmau, con su sonrisa sarcastica, Calero jugando con un puñal, y otros varios, en diferentes posturas. En la mesa a poco mas de un metro de distancia un potentísimo foco luminoso, orientado hacia nosotros. El resto de la habitacion completamente a oscuras. Nada, trucos de pelicula y de novela de detectives.

Los policias preguntaban todos a coro y sobre diferentes cuestiones. Al mismo tiempo, en la obscuridad y detras de un biombo, una voz acusadora afirmaba haberme visto el día del atentado en un coche particular frente al palacio de Justicia. A mis continuos requerimientos de que diese la cara se negaba a salir de detras del biombo alegando el temor a una futura venganza mia.

El espectaculo era capaz de triturar los nervios al más fuerte.

El cansancio, la debilidad, las preguntas, los insultos el foco electrico, el puñal, semezclaban en mi cerebro bailando una danza de locura. Al final, desesperado, convencido de que acabarian por matarme y deseoso de terminar aquella pesadilla cuanto antes, confesé: "Sí, he sido yo" Pero la declaracion no interesaba a los policias.

Sabian perfectamente que yo no habia tomado parte. Lo que a ellos interesaba era saber el nombre de los verdaderos autores. Y continuaron insistiendo en este sentido. Mi respuesta fue contundente:

"Sí, he sido yo, con Azafia y Companys. Era el undimiento de todas sus esperanzas. Los policias tuvieron que darse por vencidos. Habia llegado el momento de cambiar de procedimientos,

EL CUARTO DE BAÑO

Dalmau se levantó. "Ya sabeis lo que teneis que hacer". "Como de costumbre", dijo a sus subordinados. Los policias sacaron las pistolas y pusieron bala a la recamara. Aquello era, el principio del fin. Calero intentaba esposarme las muñecas, detras de las espaldas. Mi reloj de pulsera impedia la eficacia del aparato. Tranquilamente desabroche el reloj y se lo entregue a Calero: "Toma, para que me des el tiro de gracia lo más pronto posible".

Bajamos al segundo piso. Me hicieron entrar en el cuarto de baño.

Yo supuse que querian evitar que el ruido del disparo llegase a la calle. Pero los policias parecian no tener prisa. Echaron una pastilla de jabon a la bañera y abrieron los grifos. El jabon era de marca francesa, segun parece y pude comprobar unos días después que, por una rara casualidad me llegó a las manos el papel del envoltorio.

La pastilla era grande. Pesaria 1 kilo lo menos. Yo contemplaba la escena sin llegar a comprender las verdaderas intenciones de aqu

llos hombres. El ruido fuerte y monotonó del agua al caer en la bañera golpeaba sobre mi cansancio enotagíandome unas ganas locas de dormir.

Terminados aquellos ligeros preparativos, el interrogatorio comenzó. Era una mezcla de amenazas y de consejos. "No seas tonto, confiesa, que te quedan ya pocos minutos de vida." La idea de la muerte estaba en todas las palabras. Yo deseaba que aquello terminara ya de una vez, tenía un verdadero deseo de sentir sobre mis sienes el frío contacto de las pistolas de los policías. Pero mis interrogadores, tenían intenciones más refinadas. Como no lo había comprendido antes; A la media hora, en el cuarto de baño, el agua había llenado la bañera por completo. Después de una última pregunta Calero se dirigió a sus acompañantes: "Habrá que meterlo, no os parece?" Y sin acabar de comprender el por qué se me quería obligar a tomar un baño de noche y vestido de calle, me vi en el aire, la cabeza colgando para abajo y los pies dirigidos hacia el techo.

Comenzaba la verdadera tortura. Una nueva pregunta y la cabeza rozaba la superficie líquida. Como es natural, la respuesta fue idéntica a las anteriores. Y por los recuerdos claros me quedan ya.

La cabeza fue sumergida hasta llegar al fondo de la bañera. Recuerdo que las muñecas, inchadas por la presión de las espaldas, me dolían extraordinariamente. Debía haber realizado estupides e inconscientes esfuerzos para soltarme. El surco azulado de las muñecas tardó semanas enteras en desaparecer.

En el fondo de la bañera trate de resistir lo indecible.

Aguante la respiración unos segundos que parecieron siglos. Después ya no pude aguantar más. Me faltaban aire. Empecé a trag ar agua. Por todas partes. Por la boca, por la nariz por los oídos.

Tuve sensación de que el agua me llegaba hasta el mismo cerebro. Entonces perdí el control de la voluntad. Solo quedaba ya el instinto de conservación defendiéndose brutal y apasionadamente.

Tengo el oscuro recuerdo de que empecé a golpear con todo el cuerpo. Con la cabeza, los hombros y los brazos. Ahora, cuando pienso en ello, me imagino la facha que debía hacer. Parecería seguramente un conejo cuando, colgado por las patas posteriores y golpeado de muerte, realiza los últimos estertores.

Pronto perdí el conocimiento. No puedo imaginarme el ímpetu que pasó en esta situación. Cuando volví en mí estaba fuera del agua y echado a obre una silla tapizada, colgando las piernas por un lado y la cabeza por el otro. Había vomitado extraordinariamente. El jabón es un excelente vomitivo. Todo el cuerpo me dolía.

La cabeza daba vueltas como si estuviese beodo. Cuando las ideas empezaban a articularse nuevamente, los policías volvieron a atropellarme con sus preguntas. Al otro lado de la puerta del cuarto de baño, se oían voces que discutían. Entre ellas recuerdo perfectamente la de Dalmau. No se me olvidará en la vida. Desde allí se podía recoger todas mis declaraciones sin peligro a mancharse con los chapuseos del agua ni con mis vomitos.

Ante el fracaso sistematico del interrogatorio, fué pedido otra vez en la bañera, en medio de las injurias y de los juramentos de los policías. Esta vez tarde pocos segundos en perder el conocimiento. Cuando volví a recobrarlo estaba vomitando otra vez echado sobre la silla. Los policías habían perdido también el control de sus nervios y se mostraban con toda la brutalidad de que eran capaces. Me golpeaban, jaleando los puñetazos y las patadas con frases groseras. "Me cago en tí madre hijo de puta." "Cabron anarquista vamos a terminar con todos vosotros".

Ya un poco mas apaciguados, continuaron después con sus monotonas preguntas. Yo estaba tan destrozado, por dentro y por fuera

que físicamente no podía contestar. Dispuesto a terminar de una vez para siempre y hechándole mano de las pocas fuerzas que me quedaban me levante y me deje caer pesadamente dentro de la bañera.

Era preferible morir ahogado que seguir soportando aquel tormento.

Cuando volví a recobrar el conocimiento estaba en otra habitación

Los policías me habían desnudado y echado sobre un colchón. Se llevaron las ropas y los zapatos. Así permanecí durante cuatro días.

Completamente desnudo y con una manta que servía de abrigo y de vestido cuando tenía que salir a efectuar mis necesidades. A los 4 días, después de múltiples peticiones, se me devolvieron las prendas de vestir. Pasé ocho días sin poderme levantar de la cama, doliéndome todo el cuerpo, y cuatro sin poder comer. Tal era mi lamentable situación física. El sabor a jabón se había adherido intensamente a mis papillas. Lo sentía en el paladar, en la garganta, en el estómago y en los intestinos. Acabé por acostumbrarme al mismo. Los policías no se dieron por vencidos. Durante aquellos ocho días se presentaban cada hora u cada media hora a mi habitación para tomarme declaración.

Creo que desfilaron todos los agentes de la Checa, con preguntas parecidas y con el mismo colorido: el cuarto de baño.

En el transcurso de aquel desfile pude comprobar que los policías se habían repartido mis mejores prendas de vestir y mis objetos personales. Uno llevaba mi pulsera, otro mi sortija, un tercero el cinturón y un cuarto alumbraba sus cigarrillos con mi mechero...

No había duda además de verdugos eran unos vulgares ladrones.

Aquellas horas y aquellos días de amargura y pos tración vienen a ser la síntesis de todos los recuerdos de la Checa. Solo hay un aspecto que destaca sobre aquel fondo de tragedia: la actitud de algunos guardias de asalto. El día del interrogatorio se negaron a golpearme, desobedeciendo órdenes de Dalmau. Más tarde, postrado en la cama, recibí la visita de alguno de estos agentes breve pero alentador. Se preocupaban por mi estado, me ofrecían cigarrillos, me hablaban de la calle y condenaban con frases duras el atropello cometido.

Tengo la impresión de que fueron ellos, sin darse cuenta siquiera los que me salvaron la vida,

"EL PASEO"

Un poco más restablecido fui nuevamente llamado al tercer piso para declarar. El hecho se repitió otras dos veces. Yo vivía con los nervios superexcitados, convencido de que aquellas declaraciones acabarían fatalmente en el cuarto de baño. Pero afortunadamente me equivoqué. Una Noche me mandaron subir en un coche particular. Íbamos, según los policías a verificar un careo con mi acusador. Comprendí demasiado. El coche enfocó la calle Salmerón y se dirigió hacia la rabassada. Fuera de Barcelona encontramos otro coche parado en medio de la carretera. Seguramente nos estaba esperando. Me obligaron a descender. Me llevaron a la cuneta. La carretera estaba a oscuras.

Los focos de los coches iluminaban el lado opuesto, vi claramente que había llegado mi fin.

Del coche delantero descendieron tres hombres que se dirigieron hacia nosotros. Uno de ellos dirigiéndose a mí, dijo haberme visto el día del atentado, desde un coche particular que estaba parado frente del Palacio de Justicia. Los policías sonreían satisfechos. Era el testigo-y que testigo-que yo había exigido para declararme reo.

Dándome un golpecito en la espalda, "puedes prepararte a morir" me dijeron. Respondí con toda violencia. Podían matarme cuanto les viniese en gana. La organización sabía donde había ido a parar.

A mi paso por los calabozos de Jefatura había encontrado compañeros y había podido avisar a la Comisión Jurídica y a mi Grupo.

No me importaba morir. La pérdida de mi persona tenía poca importancia para el movimiento. Además estaba convencido de que no tardaría en ser vengado.

Los policías, haciéndose el grande, me ofrecieron la última oportunidad de salvar la vida: delatar a los autores o complícenes míos, como decían.

De mantenerme en aquella situación, se verían obligados a "pegarme un tiro" matarme como un perro.

Siempre la misma cantinela: el dinero como premio a mis traiciones o la muerte como castigo. Yo me mantuve impeterrito.

Si había llegado hasta allí, bien podía llegar hasta el final. Los policías acabaron por comprender su fracaso.

Entonces me obligaron a subir nuevamente al coche y regresamos. Habían encontrado la fórmula: "Te vamos a dar un día más para recapacitar y decidirte."

DESPUES

Después la cosa tiene ya poca importancia.

Cambiaron el Jefe de la Comisaría de la calle Corcega.

Era agente si mal no recuerdo, afiliado a la Esquerda Republicana de Cataluña. Se portó muy bien conmigo.

Lamento profundamente lo sucedido y prometió solemnemente pasarme a disposición de la justicia.

Poco después Burillo ordenó mi traslado a la Jefatura y, tres días más tarde a la Carcel Modelo.

Al llegar al local de la calle Entenza me encontré con que Gaspar Dalmau había sido nombrado Director del Establecimiento.

Havía falta un hombre sin entrañas para meter en cintura a los presos antifascistas.

Entonces comprendí que yo también con mi cuerpo atropellado había colaborado en la rápida carrera profesional de Dalmau.

Los dos éramos incompatibles bajo el mismo techo.

Por esta causa no se me dio ingreso en la Modelo y fui trasladado a la Carcel de Tarrasa. No quiero comentar aquel nuevo viaje, para mi desconocido hasta llegar a Sabadell, y que tenía todas las apariencias de un nuevo "paseo".

Pocos días después se vió la causa por el atentado de Andreu. Vino el juez a tomarme declaración pero, como es natural el fiscal retiró la acusación por falta de pruebas.

Ultimamente he sido devuelto a la Carcel Modelo de Barcelona. No hay nada concreto contra mí, pero me retienen gubernativamente. Es una arbitrariedad más.

Con estos procedimientos se pretende obligarme al silencio. Pero no lo lograran. Estoy dispuesto a dar la cara en todo lo que sea necesario. A firmar estas declaraciones con mi propio nombre. A comparecer delante de quien sea para mantenerlas.

Aunque ello fuese a costas de mi vida. Estoy convencido que al poner en evidencia la podridura del actual sistema policiaco, ayudo al proletariado español a encontrar la verdadera ruta de la revolución social.